

una de aquellas revoluciones que son frecuentes en los pueblos que no han fixado su política ni gobierno; vino á pedir socorro á Ludovico Pio. Este emperador le hizo instruir en los principios de la religion con la Reyna su esposa. Uno y otro fueron bautizados, despues de lo qual el emperador dió un ejército al príncipe danes, que marchó con este socorro á hacer valer sus legítimos derechos. La suerte de las armas no le fué adversa, triunfó de sus enemigos, y recobró el trono. Un mōnge de Corbeya, llamado Anscario ó Anscario, que habia llevado consigo, predicó el Evangelio á los daneses baxo la proteccion del soberano; y por su ministerio hizo la fe en poco tiempo progresos considerables en aquellas regiones septentrionales. Los suecos, pueblos vecinos de la Dinamarca, movidos de la fama de las virtudes del santo misionero, y de la feliz mudanza que sus exhortaciones producian entre los daneses, desearon participar de la luz que sobre aquellos se habia esparcido. Pidieron, pues, predicadores que los instruyesen. Se enviaron para esto á san Anscario compañeros capaces de auxiliar su zelo en la nueva mision. Sus trabajos bendecidos del cielo produxeron copiosos frutos. San Anscario fué arzobispo de Hamburgo, y mereció el glorioso título de apóstol del Norte.

ARTICULO VI.

Cisma de Focio, su origen, sus efectos, su condenacion y sus infelices resultas.

El gran suceso de que vamos á tratar merece toda nuestra atencion por las extrañas escenas que le acompañaron, por el carácter singular del personage que fué su autor, y por los deplorables efectos que produjo. Veremos aquí el choque de las mas violentas pasiones de la ambicion, de la venganza y de la hipocresía, la virtud oprimida; la maldad en el esplendor de un triunfo comprado á costa de todos los crímenes, los mas elevados talentos empleados en hacer mal; la perfidia y la crueldad baxo el velo de la moderacion, el lenguaje de la piedad en la boca de un opresor, de un sacrilego, el trastorno de todas las leyes canónicas, y de todas las reglas del honor y de la equidad, un hombre acusado, convencido de los

excesos mas criminales, y condenado por un juicio solemne, subiendo con gloria al sublime puesto adonde se habia elevado á fuerza de delitos; y la baxeza ensalzando ó abatiendo su ídolo, segun la fortuna le estaba propicia ó adversa: tal es el espectáculo interesante que va á manifestarse á nuestra vista. Subamos al origen de este grande suceso, siguiéndole en todas las circunstancias que merezcan detenerse en ellas.

Hágase memoria de que despues de la gloriosa regencia de la emperatriz Teodora, el patricio Bardas, tio y ministro de Miguel III., se habia apropiado todo lo que á la autoridad soberana pertenecia, no dexando á su pupilo otro cuidado que el de pasar libremente los dias en la disolucion y en los placeres. Aunque Bardas fué muy aplicado en los negocios, y llevó todo el peso del gobierno, su vida no era ménos desarreglada, ni sus costumbres mas íntegras que las de su sobrino. Habia concebido una pasion detestable por la muger de su hijo, viviendo aun la suya. Atreviéndose á todo fiado en su despotismo, y atropellando sin pudor las leyes divinas y humanas, habia repudiado á su legítima esposa, viviendo públicamente con su nuera. Su exemplo y el del jóven emperador, cuyos desórdenes eran aun mas viles, provocaban á los cortesanos á violar abiertamente todas las reglas de la decencia pública. No se hablaba en Constantinopla sino de sus disoluciones y de sus excesos de toda especie, viéndose cada dia nuevos escándalos.

Ignacio ocupaba la silla patriarcal de Constantinopla, á la qual le habia elevado la emperatriz Teodora por muerte de san Metodio. Este prelado reunia el mérito mas sobresaliente al mas ilustre nacimiento. Era hijo del emperador Miguel Rangobeo, y nieto de Leon Armenio por su madre Procopia. Envuelto en las desgracias de su familia, quando su padre tomó la generosa resolucion de sacrificar la púrpura al reposo de sus vasallos, entró en un monasterio de edad de 14 años. Su virtuosa juventud anunció por sus calidades tan brillantes como estimables, lo que seria algun dia, y su espíritu, enseñado por las desgracias, adquirió temprano aquel hábito de valor y de firmeza, de que tuvo tantas ocasiones de usar en lo sucesivo. Electo patriarca de la ciudad imperial, y por esta dignidad eminentemente responsable á Dios y á los hombres, no pudo ver su

zelo con indiferencia el escándalo de Bardas, y la general corrupcion que su conducta autorizaba. Ignacio le reprehendió primeramente en secreto, exhortándole á mirar con mas consideracion el lugar que ocupaba en el imperio, á usar mejor del poder que la confianza del príncipe habia puesto en sus manos. Menospreció Bardas estos consejos, y trató al santo patriarca con un orgullo insultante. Tal es el tono ordinario de los hombres poderosos, cuya conducta desarreglada se osa censurar. El patricio continuó viviendo á medida de su pasion, sin temer los juicios divinos con que Ignacio le amenazaba, creyendo que todo le era permitido, porque se atrevia á todo. El día de la Epifanía llevó la osadía y la impiedad hasta presentarse á la sagrada mesa del altar para recibir la santa Eucaristía. El patriarca no vió con este momento sino lo que debía á la santidad de Dios, cuyo ministro era, y cerrando los ojos á las resultas que podia tener su zelo, negó la comunión al incestuoso. Lleno de furor Bardas, sacó la espada para matar al instante al pontífice: le detuvieron; pero su resentimiento se avivó mas y mas. Juró la pérdida de Ignacio, y no difirió la venganza, sino quanto le fué preciso para mejor asegurar sus golpes.

El manejo de los negocios, el gusto de las letras, y sin duda una conformidad de costumbres y de carácter, le habia ligado en una estrecha amistad con Focio, que ocupaba en la corte dos puestos importantes, el de primer caballero, y el de primer secretario. Era Focio el mas bello ingenio, el espíritu mas cultivado, el sabio mas profundo de su tiempo; pero igualmente el hombre mas falso y mas depravado que jamas habia existido. La ambicion que le devoraba, dominaba tan despóticamente sobre sus demas afectos, que solo ella dirigia el uso de su talento y de sus vicios, haciéndole tan hábil para encubrir sus malas calidades, como para fingir las buenas que no tenia. Bardas fixó en él sus ojos para oponerle al patriarca Ignacio. No podia escoger un hombre mas propio para corresponder á su odio contra el santo pastor: Focio por su parte, no escuchando sino su impetuoso deseo de elevarse, de hacer el primer papel en el mundo, y considerando que el patriarcado abria á su talento un teatro mas vasto y mas brillante que todos los empleos de la corte, se manifestó dispuesto á emprenderlo todo para coadyuvar á los designios del ministro.

Habiéndose convenido los dos enemigos de Ignacio, y seguros de su pérdida empezaron haciéndole sospechoso al emperador. Le pintaron á sus ojos como de un carácter extremado, inflexible, que en todo veia un crimen, que se dexaba llevar de un zelo ardiente y amargo, que juzgaba á los demas segun las máximas de una severidad extremada, que hubiera querido desterrar de la corte las mas inocentes diversiones, y que las costumbres de palacio fuesen como las de los mas rígidos monasterios; por otra parte un genio inquieto y peligroso, que censuraba con acrimonia al príncipe y á los grandes, hombre poco adicto al actual gobierno, y cuya fidelidad no seria muy segura si sobreviniese algun disturbio en el estado.

No fué menester mas para empeñar á Miguel, príncipe tan suspicaz como afeminado en declararse contra el santo patriarca. Fué, pues, arrojado de su palacio, y encerrado en un lugar que servia de establo á viles animales. Le llenaron de golpes, y le abofetearon tan cruelmente, que le echaron fuera los dientes. Por orden de Focio se le hacian sufrir estos indignos tratamientos, y el objeto de este hombre, no ménos cruel que ambicioso, era arrancar á aquel cuya dignidad usurpaba una declaracion, en virtud de la qual pareciese que la silla patriarcal estaba vacante por una dimision voluntaria. Un gran número de metropolitanos y de obispos exhortaban á Ignacio á que la diese, y alegaban para ello los poderosos pretextos de la paz del bien público, y de la necesidad, de que hacian una falsa aplicacion. Ignacio se resistió valerosamente á las insinuaciones, á las promesas, á las amenazas, y á la imagen espantosa de una vida infeliz y agitada que le ponian delante, mostrándose desde entónces tan firme é incontrastable, que jamas se desmintió.

A pesar de esto, Focio, que aun era lego quando se le nombró para la dignidad patriarcal, pasó rápidamente por todos los órdenes de la clericatura. En seis dias se executó esto, y fué en fin consagrado por mano de Gregorio, obispo de Siracusa, á quien Ignacio habia depuesto por sus crímenes. La mayor parte de los prelados que se hallaban en Constantinopla protestaron contra una promoción tan precipitada y contraria á las leyes de la Iglesia. Se quejaron tambien de la conducta que se habia tenido respecto de Ignacio, y las violencias que con él se habian exercido.

Focio y el mismo Bardas se interesaban demasiado en hacer calmar las murmuraciones que podían destruir su obra, para no emplear á este efecto toda su destreza. Ganaron á estos obispos, casi todos esclavos del favor, lisonjeando la vanidad de unos, y la ambición de otros, y presentando al pequeño número de los que se lamentaban del atentado hecho contra la Iglesia un escrito por el qual Focio reconocía que Ignacio había sido legítimo patriarca, y se obligaba á no emprender nada contra él, ni contra aquellos que había ordenado. Satisfechos de esta declaración, que el impostor solo había hecho con el designio de recogerla quando quisiese, se sosegaron los prelados, y Focio tuvo ocasión de preparar la nueva maniobra que necesitaba para paliar su usurpación.

Con esta mira escribió al papa, dándole parte de su elevación á la silla patriarcal. Se pintaba con los colores mas propios para preocupar en su favor al soberano pontífice: decía que á pesar suyo le habían elegido para ocupar aquel eminente puesto, que había resistido vigorosamente: que le habían forzado: que ni los obispos, ni el clero, ni el emperador le habían escuchado razón alguna; y que solo lleno de lágrimas había por último consentido en recibir la imposición de manos: que además Ignacio se había retirado voluntariamente á un monasterio, para terminar allí sus dias en un honrado reposo: que su avanzada edad y sus achaques le habían obligado á tomar aquel partido, y que en su retiro gozaba de todos los honores, y de la consideración debida á su dignidad y á su mérito. Añadía, que teniendo aun muchos partidarios la heregía de los iconoclastas, el bien de la Iglesia exigía que se congregase un nuevo concilio en Oriente para extirpar los restos de aquella peligrosa secta. Rogaba tambien al papa que enviase á Constantinopla legados que con sus órdenes, y revestidos de su autoridad diesen mas valor á las decisiones de la asamblea. El emperador por su parte escribió al papa en los mismos términos. Sus cartas y la de Focio las llevaron embaxadores encargados de ofrecer al pontífice magníficos dones para la iglesia de san Pedro. La santa Sede estaba ocupada por uno de los mas zelosos é ilustrados pontífices que se habían visto desde largo tiempo; tal era Nicolao I., á quien aquellos mismos que no han aprobado su conducta en todo, no han podido rehusar los jus-

tos elogios. Ignoraba lo que había pasado en Constantinopla en el asunto de Ignacio y de Focio, porque el usurpador que todo lo podía por medio de Bardas, había impedido que las quejas de Ignacio llegasen á Roma. Nicolao se contentó, pues, con ordenar á sus legados que hiciesen sobre este punto todas las informaciones posibles sin resolver nada, reservándose la decisión para despues de haber investigado la verdad por la relación exácta que le hiciesen. La prudencia y la equidad dictaban esta conducta; pero Focio tenia otros designios. Quería servirse del concilio y de los legados para justificar su usurpación, y revestirla á los ojos del papa de todo lo que las formas canónicas tienen mas sagrado. A no ser por esto, no hubiera pensado en pedir un concilio, cuyo juicio era en efecto inútil despues de la decisión que en Nicea había concluido el asunto de las imágenes.

Los legados del papa Nicolao eran Zacarías, obispo de Parto, y Rodoaldo, obispo de Agnania. Llegados á Constantinopla, los encerraron sin permitirles ver á nadie de miedo que no supiesen la verdad. A este tratamiento tan duro se añadieron las amenazas, y se les hizo conocer que si no convenian en todo lo que la corte exigía de ellos, el fruto de su resistencia seria el destierro, ó quizás otro castigo mas severo. Durante ocho meses se mantuvieron firmes; pero finalmente la fatiga de la prisión, y el temor de los males con que sin cesar se les amenazaba, los vencieron hasta el extremo de faltar á la confianza con que los había honrado la cabeza de la Iglesia. Este era el momento que se esperaba para poner en execucion el abominable designio que se había formado contra el santo patriarca, y darle el último golpe. Focio le había ya de puesto en una asamblea de obispos de su partido, pero queria dar mas estrépito á la venganza, y mas solemnidad al proceso, cuyo plan había trazado.

Desterrado Ignacio á Mitilene en la isla de Lesbos, le volvieron á Terebinto, lugar de su primer destierro, y de sus primeros trabajos. Citado al concilio que se había congregado en la iglesia de los santos Apóstoles en 25 de Mayo de 861, se puso en camino para presentarse en él, vestido de las insignias de su dignidad, y acompañado de algunos obispos adictos á su persona, de un gran número de monges y de legos que veneraban sus virtudes. El con-

cilio se componia de 118 obispos, comprehendidos los dos legados, y el emperador asistia á él con todos los magistrados de Constantinopla. Este aparato solo se habia ideado para impresionar mas al pueblo. Luego que se supo que Ignacio se aproximaba en hábito pontifical, el emperador le envió orden que le dexase, y que no pareciese en la asamblea sino como simple monge. Obedeció el humilde pastor, y en este trage fué introducido al lugar de la asamblea. Era un espectáculo bien odioso y penetrante ver al legítimo patriarca, recomendable por todas las virtudes que pueden realzar el esplendor de las dignidades, y aun mas interesante por su valor y sus desgracias, comparecer delante de un intruso cargado de culpas, que no contento con haber usurpado su silla, para juzgarle se sentaba en ella. El emperador tan encarnizado contra Ignacio como el mismo Focio por aquella natural aversion que tienen los malvados á las virtudes, le llenó de injurias, tratándole con aquel tono fuerte y violento, que intimidando algunas veces la inocencia, no la permite dar sus descargos. Ignacio, modesto y firme, como corresponde al mérito perseguido, respondió que ántes de juzgarle, era necesario restablecerle; y que si entónces habia acusaciones contra él, se exáminarian según las reglas canónicas. Esta respuesta sábia y vigorosa desvaneció la esperanza que se habia concebido de trastornarle con el aparato de la asamblea. Pero Focio no era hombre que desistiese, aunque acababa de faltarle una de sus baterías. Su maldad, fértil en arbitrios, le hizo tomar de repente el partido de proceder á una disposicion jurídica. Ignacio fué nuevamente citado; pero siempre incontrastable se negó á comparecer, porque nada se hacia según reglas, porque su enemigo, abrogándose la autoridad de juez, gobernaba á su arbitrio los espíritus de aquellos que componian el concilio; y porque los mismos legados seducidos por sus dones no obraban sino por las impresiones que de él recibian.

Tal era su respuesta quando se le citaba, todo quanto contenia era justo, y reclamando las santas reglas de la Iglesia, hubiera debido Ignacio hacer abrir los ojos á tantos obispos, que baxamente se prestaban á los designios de un odioso usurpador. Pero este era poderoso, y el temor que imploraba con su osadía y sus violencias habia reducido á todos aquellos obispos á ser solo instrumentos

pasivos en sus manos. Focio produjo 72 testigos, que con anticipacion habia preparado y ensayado en la imposura. Se les hizo entrar sucesivamente, y todos depusieron con juramento, que Ignacio habia sido consagrado sin ningun decreto de eleccion. Sobre su testimonio y sin otra formalidad, la asamblea no vaciló en pronunciar la sentencia de deposicion contra el pastor legítimo, ni en confirmar la intrusion de Focio, como si su eleccion hubiese sido la mas regular. El santo patriarca fué presentado revestido de sus vestiduras pontificales. Un subdiácono, á quien habia excomulgado á causa de su mala vida, se acercó á él por las espaldas, y le quitó el palio y los otros ornamentos sagrados, gritando que era indigno del sacerdocio. Los obispos y los legados exclamaron lo mismo, é Ignacio despojado ignominiosamente de todas las insignias de su dignidad, quedó cubierto de un vestido andrajoso que le habian puesto debaxo, con intencion de ajarle mas y mas en presencia de la asamblea. Despues de esta horrible escena se hizo un decreto sobre las imágenes, como para llenar el principal objeto del concilio. De este modo acabó el atentado, al qual Focio y sus partidarios osaron dar el nombre de séptimo concilio ecuménico.

A pesar de todas estas apariencias de forma judicial, no se creyó aun Focio seguro en su usurpacion, en tanto que Ignacio no hubiese consentido en la dimision. Resolvió, pues, no dexarle descansar hasta que á fuerza de injurias y de tormentos le atraxese á sus miras. Apénas se separó el concilio, le hizo encerrar en el sepulcro de Constantino Coprónimo, que estaba en la iglesia de los apóstoles, abandonándole allí á la barbarie de tres soldados, ministros de sus crueles órdenes. Le desnudaron y le tendieron sobre el mármol en un tiempo muy frio, le cargaron de golpes, le privaron de alimentos y del sueño por muchos dias: despues de esto le pusieron en la postura de un hombre á caballo encima de la tumba de Coprónimo, que estaba en forma de ataud, atándole á los pies dos grandes piedras que aumentaron el peso de su cuerpo. Despues que finalmente pasó algun tiempo en esta dolorosa postura, le arrojaron con tanto ímpetu sobre las olas, que se bañó en su propia sangre. El santo varon estuvo á punto de morir en este estado de debilidad, y habiendo uno de estos soldados asídole la mano, le hizo formar por fuerza una cruz.

En el fondo de un papel blanco, Focio, á quien todo le era fácil, escribió estas palabras encima de la cruz: yo Ignacio, indigno patriarca de Constantinopla, confieso que he subido sobre su silla sin decreto de eleccion, y la he regido tiránicamente. Armado con este documento, de que esperaba sacar la mayor ventaja, hizo el usurpador dispensar algun descanso al santo prelado que perseguia con tanta crueldad.

Pero bien presto se arrepintió de haber concedido á su víctima aquel instante de reposo, como de un exceso de dulzura de que Ignacio podia aprovecharse, para substraerse de la opresion. Solo faltaba semejante incidente para tornar de improviso aquella grandeza, único objeto de sus deseos, que Focio habia adquirido por caminos tan largos y penosos. Despues de haber hecho tantas cosas, dictaba la prudencia dar el último golpe para libertarse de todo temor, y precaver el restablecimiento de un competidor, que por algun suceso imprevisto podia la fortuna elevarle de nuevo á la silla de donde le habia precipitado. Lleno de estas ideas fué el usurpador en busca del emperador Miguel, para aconsejarle hiciese conducir á Ignacio á la iglesia de los santos apóstoles, en donde se habia celebrado el concilio, á fin que desde lo alto de la tribuna leyese la sentencia de deposicion dada contra él, condenándole asimismo en presencia del pueblo; despues de lo qual se le haria cortar la mano y sacarle los ojos para imposibilitarle perpetuamente de exercer las funciones del ministerio episcopal; este dictámen agradó al jóven príncipe. Focio estaba seguro de obtenerlo todo. Habia comprado su privanza, cerrando los ojos á sus impiedades y á sus desórdenes. Miguel, sumergido en los mas enormes excesos, se burlaba impunemente de las cosas santas. Se paseaba por las calles de Constantinopla con una tropa de jóvenes locos, remedando las ceremonias de la Iglesia, hasta el santo sacrificio de la misa. El falso patriarca lo veia; y su silencio le hacia cómplice en estas horribles profanaciones.

Hicieron cercar por un piquete de soldados la casa á que Ignacio se habia retirado para tomar algun reposo. El lo percibió, y para libertarse de la nueva borrasca que le amenazaba, tomó el traje de un esclavo, y con este disfraz se escapó sin ser conocido. Huido de este riesgo, anduvo largo tiempo errante buseando los lugares ocultos,

pasando la noche en las cavernas, viviendo de limosna, y muchas veces sin tener pan. Tal era la horrible extremidad á que el odio implacable de Focio reducía al hijo de un emperador, á un patriarca justamente venerado, y al primer prelado de la iglesia Griega. Luego que se supo su fuga, su cruel perseguidor envió gente armada á perseguirle, con orden de que si se le descubria, le matasen sin dilacion como á un sedicioso y á un rebelde que turbaba el estado.

En tanto que Ignacio era tan furiosamente perseguido, experimentó Constantinopla uno de los mas terribles azotes del cielo. Sintióse esta gran ciudad agitada por 40 dias de un terremoto tan continuado y fuerte, que se temió quedase enteramente arruinada. El pueblo consternado se volvia contra los enemigos de Ignacio, diciendo en alta voz que aquel terrible acontecimiento era una venganza de Dios, que castigaba las injusticias y violencias cometidas con el santo patriarca. El emperador y Bardas no estaban ménos aterrados que los otros. Los mas intrépidos en el crimen y en la impiedad quando nada hay que temer, son los mas cobardes á vista del peligro. Declararon que Ignacio podia comparecer con seguridad, y restituirse á su monasterio; prometiéndole y aun jurando no hacer mal alguno ni á él, ni al que le hubiese dado asilo. Entónces se presentó el varon santo, y el terremoto cesó al momento.

Ignacio se habia aprovechado del breve intervalo de reposo que habia gozado despues de su salida del sepulcro de Coprónimo para hacer un escrito en forma de peticion, dirigida al soberano pontífice. Exponia en él los hechos como habian pasado, y por una relacion exácta de la conducta que con él se habia tenido hacia saber á Nicolao todas las violencias que habia sufrido, y la injusticia de que era víctima. Imploraba su proteccion, su piedad y su justicia, rogándole defendiese la inocencia oprimida, á exemplo de sus predecesores. Esta memoria iba firmada de Ignacio, de 50 metropolitanos, de 15 obispos y un gran número de sacerdotes y de monges. Theognosto, monge estimable por sus virtudes y su talento, y su sincero amor al pastor legítimo, habia prestado su pluma á Ignacio para formar este escrito, que se encargó de conducir al papa. Hizo el viage secretamente, y para no ser descubierto se vistió de seglar. Por este medio se escapó de los emisarios

de Focio, que tenían continuamente fixos los ojos sobre todos los pasos del que miraban como su rival y enemigo. Fue instruido Nicolao del verdadero estado de este asunto por la memoria y la relacion de Theognosto el año de 863, y se indignó de la conducta cobarde y páfida de sus legados. Lloró á Ignacio, detestó á Focio, y conoció la obligacion que tenia de valerse al instante de toda su autoridad para vindicar al uno, y castigar al otro ruidosamente. Con este designio propio de su vigilancia y de su zelo, congregó un concilio en la iglesia de Letran de los obispos de las provincias vecinas. Todo lo que se habia hecho en el conciliábulo de Constantinopla se dió por nulo, establecieron á Ignacio, depusieron á Focio, y le excomulgaron y privaron de todas las funciones clericales. Zacarias, uno de los legados, convencido de su prevaricacion por su confesion misma, fué excomulgado y depuesto. En quanto al otro legado no ménos delinquente, se difirió su sentencia, porque estaba en Francia por orden del papa á tomar conocimiento del divorcio de Lothario, rey de Lorena y Thierberga. Nicolao que habia desaprobado la conducta de los legados en presencia de los embaxadores de Miguel, y declarado que jamas consentiria en la deposicion de Ignacio, ni en la promocion de Focio, escribió lo mismo en los términos mas fuertes al emperador, á Focio y á todos los fieles del Oriente.

Estas cartas del papa, habiendo sido presentadas, y hecho pública en Constantinopla la decision del concilio de Roma, produxeron impresiones bien diferentes, por una parte en el emperador, Focio y sus partidarios, y por otra en todos los hombres de bien que se lamentaban de ver la silla patriarcal ocupada por el mas depravado de los hombres. El emperador y Focio se arrebataron de cólera amenazando á Nicolao, cuyo zelo trataban de insolencia y temeridad. Las gentes honradas daban gracias á Dios por haber concedido un defensor á la inocencia, y pensando del mismo modo muchos obispos se separaron de la comunicacion del usurpador. Devorado Focio de los deseos de la venganza, comenzó escribiendo al papa á nombre del emperador cartas llenas de amenazas y de injurias, en que tomaba por objeto ultrajar la silla de Roma, y hablar de ella con desprecio. Pero esto no era suficiente para satisfacer el resentimiento de un hombre tan arrebatado y audaz co-

mo Focio. Su odio le sugirió el proyecto mas insensato y temerario que jamas se habia oido. Fue, pues, el de forjar las actas de un concilio, que suponía celebrado en Constantinopla, para examinar las acusaciones hechas contra el papa. Suponia asistir á él los emperadores Miguel y Basilio y los legados de las tres grandes sillas de Oriente. Se presentaban acusadores, imputando á Nicolao muchos crímenes, y pidiendo justicia. Focio, que hacia en este concilio imaginario un papel muy conforme á sus designios, tomaba la defensa del papa, y parecia que estaba reducido, á pesar suyo, á condenarle por la evidencia de las pruebas que se alegaban en las acusaciones: pronunciaba en fin como forzado una sentencia, en que se deponia á Nicolao por sus errores y delitos. Hizo subscribir á estas actas á mas de veinte obispos sus partidarios, añadiendo de su mano mas de mil firmas falsas. Se veian entre ellas las de los dos emperadores, de los tres legados de Oriente, de todos los senadores, de abades y de clérigos. Esta obra de la impostura se envió á Luis II., hijo de Lotario, emperador de Occidente, con ricos dones y cartas, en las quales se le rogaba, que por el honor de la Iglesia echase de Roma al papa Nicolao, que deshonoraba la silla de san Pedro, y acababa de ser condenado por un concilio general.

Esta fabula no podia difundirse en el Oriente, en donde todo el mundo conocia su falsedad. Focio, cuyo talento fecundo en ardidés y expedientes, servía constantemente á la perversidad de un corazon, empleó otras armas para sublevar aquella parte de la Iglesia contra el papa Nicolao, y teniendo presentes las preocupaciones de los orientales contra los occidentales, esparció una carta circular dirigida á los patriarcas y á los obispos, denunciando los errores de que pretendia que el papa y todos los prelados de Occidente estaban infectados. Hablaba en ella como un pastor lleno del mas puro zelo por los intereses de la fe, y penetrado de la mas viva sensibilidad por los males de la Iglesia, segun el lenguaje de Gregorio Nacianceno y de Juan Chrisóstomo. Sin embargo los errores monstruosos que Focio calificaba con las expresiones ménos moderadas, eran el ayuno del sábado, la omission de la primer semana de la quaresma, el celibato de los clérigos, prácticas autorizadas por una larga tradicion; la

procesion del Espíritu Santo, del Hijo y del Padre, dogma apoyado en la antigua fe de toda la Iglesia, y mas particularmente confirmado en el Occidente por la palabra *Filioque*, añadida despues de largo tiempo, y sin reclamacion alguna al símbolo de Nicea y de Constantinopla.

Miéntas que el falso patriarca declamaba con tanta vehemencia contra la iglesia Latina y contra su pastor, se vengaba aun mas cruelmente de los que la sentencia de Nicolao y el horror de su maldad habian separado de él. Los despojaba de sus dignidades y de sus bienes, obtenia orden para ponerlos en prisiones, desterrarlos ó aplicarles diversas penas, y por una crueldad igual á las de los tiranos mas abominados, hizo enterrar hasta medio del cuerpo á algunos de los que rehusaban comunicar con él, dexándolos morir en aquel estado. La muerte del César Bardas, su mas zeloso protector, no le hizo variar de conducta. Astuto y flexible, sabia tomar todas las formas acomodadas á los sucesos. Lisongeaba alternativamente á Miguel, nacido en la púrpura, y á Basilio asociado al imperio, á fin de asegurar la gracia de uno y otro, en caso que qualquiera de ellos quedase solo poseedor del trono.

Acercábase el tiempo en que el autor de tantos males debia recibir el justo premio de sus usurpaciones y atrocidades. Miguel habia llegado á conciliarse el odio de todo el imperio por su vida vergonzosa y su impiedad. Disgustado de Basilio, que le servia de estorbo en sus gustos extravagantes con serias advertencias, resolvió su pérdida. Pero este se previno y se aseguró, quitándole primero la tranquila posesion de la diadema de que queria despojarle. Conocia á Focio, y habia sido testigo de la mayor parte de los crímenes, de que se habia cubierto aquel hombre detestable despues de haber usurpado la silla patriarcal. A pocos dias de haberse hecho reconocer por solo y legítimo emperador, dió orden para arrojar al intruso de la silla patriarcal adonde se habia elevado y mantenido por el engaño y la violencia. Convocó al mismo tiempo una asamblea de obispos y de senadores en el palacio de Magnauro. Ignacio fué llamado á ella, y Basilio le restituyó su dignidad, sus honores y su jurisdiccion. Sucedió esto el 23 de Noviembre de 867. Hacia nueve años que en semejante dia Miguel, ó por mejor decir Bardas, le habia despojado de su dignidad, para revestir de ella á Focio. Quan-

do se hubo restablecido, suspendió de las funciones sagradas, no solamente al usurpador y los que habia ordenado, sino tambien á los que habian comunicado con él despues de su intrusion; no haciendo en esto mas que poner en execucion la sentencia pronunciada por el papa Nicolao. Pero para remediar los males de toda especie, que la usurpacion de Focio y su violenta conducta habian causado, se necesitaba un arbitrio mas eficaz. Propuso Ignacio al emperador la convocacion de un concilio ecuménico. El pontífice vino en ello, y se expidieron sin pérdida de tiempo las correspondientes órdenes al soberano pontífice, á los patriarcas y á todos los obispos.

Ya no ocupaba Nicolao I. á la santa Sede. Este papa, uno de los mas sabios y zelosos que la Iglesia habia tenido desde largo tiempo, fué reemplazado por Adriano II., en quien se admiraba una gran caridad, y que ya dos veces habia rehusado la dignidad pontifical. Recibió los diputados del Oriente con las cartas del patriarca y del emperador. El lenguaje de Basilio y de Ignacio en estas cartas, era bien distinto del de Miguel y de Focio. Reconocia en ellas el patriarca la primacia del pontífice romano, y confesaba que la autoridad del sucesor de san Pedro era necesaria para remediar todos los males de la Iglesia. El emperador se expresaba del mismo modo. Ademas de estas cartas, dixeron los diputados que tenian orden de entregar al papa un escrito lleno de falsedades contra la iglesia de Roma y el pontífice Nicolao, que se habia encontrado entre los papeles de Focio, despues de su expulsion. Este era un manuscrito que contenia las actas del concilio que Focio habia supuesto. Adriano lo recibio, é hizo examinar en un sínodo de treinta obispos que congregó á este efecto: en el qual este escrito detestable fué condenado y quemado.

El papa Adriano, que habia tomado por modelo la prudente conducta de su predecesor, quiso que la causa de Focio fuese examinada y juzgada en Constantinopla, como convenia. Nombró, pues, tres legados escogidos, entre los que habia mas respetables, y mas ilustrados en el clero de Roma, para asistir al concilio en su nombre. Estos eran los obispos Esteban y Donato, y el diácono Marino, que fué papa en lo sucesivo. Esta legacion fué tratada muy de otra manera por Basilio, que la del papa

Nicolao por Miguel y Bardas. Los que la componían fueron cumplimentados en Tesalónica por el caballerizo mayor que el emperador había enviado á recibirlos. Llegados á Constantinopla encontraron para su servicio oficiales, una baxilla completa, y quarenta caballos de la caballeriza imperial. Su entrada en la capital fué tan brillante como solemne. Cada legado iba sobre un caballo enjaezado ricamente. Todos los oficiales de palacio marchaban delante, el clero los acompañaba con casullas, y un pueblo innumerable les seguía con cirios y hachas. Quando los introduxeron á la audiencia pública del emperador Basilio, se levantó respetuosamente, tomó las cartas del papa, y las besó. En seguida los abrazó exhortándoles á trabajar con zelo en el restablecimiento de la union y de la paz.

Se les dió tiempo para descansar, y la abertura del concilio se señaló para el 5 de Octubre de 869 en las galerías altas de la iglesia de santa Sofia, la mas grande y magnífica de la ciudad imperial. Nosotros seguiremos el orden de las sesiones, refiriendo lo mas esencial, según el método que nos hemos propuesto.

Primera sesion. Se tuvo como se habia señalado en 5 de Octubre. Se habia expuesto la verdadera cruz, y colocado los santos evangelios en el sitio de la asamblea. Los legados de Adriano presidian los primeros, Ignacio seguía despues, y luego los diputados de los patriarcas de Antioquia y Jerusalem; el de Alexandria no lo habia enviado. Once de los principales ministros de la corte lo presenciaban de parte del emperador, teniendo á la cabeza al patricio Bahanés que representaba al príncipe. Luego que todos se hubieron sentado, los legados y el patriarca mandaron hacer entrar los obispos perseguidos por Focio á causa de su adhesión al pastor legítimo. Eran once, no siendo mas los miembros del concilio en la primera sesion. Un secretario de la corte leyó en primer lugar su discurso del emperador dirigido al concilio. Contenia una exposicion de los motivos que habian precisado al príncipe á convocar aquella asamblea, y una exhortacion á los obispos, á fin de que concurriesen con su prudencia y sus luces á calmar las turbaciones de la Iglesia. Despues de esta lectura, los legados presentaron sus poderes y la fórmula de reunion que llevaban, que era la misma de que se habia hecho uso el año 519, baxo el papa Hormisdas, en un caso muy

semejante; solo se habian mudado las palabras de las heregias y de las personas. Los diputados de los patriarcas de Oriente presentaron en seguida una declaracion, diciendo que se sometian en todo á las leyes del papa Nicolao, que reonocian á Ignacio por solo y legítimo patriarca de Constantinopla; que convenian en el restablecimiento de los clérigos depuestos por Focio, y en el perdon de sus partidarios, si volvian de buena fe; y que en fin juzgaban que Focio y Gregorio de Siracusa, su consagrante, debian ser condenados y privados de todas las funciones eclesiásticas. Por último, los legados del papa refirieron quanto habia pasado en el discurso de aquel negocio desde su origen, para instruir al concilio de todas las circunstancias anteriores; nada mas se hizo en esta primera sesion.

Segunda sesion. Se tuvo en el 7 de Octubre. Los obispos que habian prevaricado en tiempo de Focio, pidieron que se les permitiese entrar, y se les concedió: presentaron un escrito que contenia la confesion de su delito, y la declaracion de su arrepentimiento. Se leyó persuadiéndose por la exposicion de los hechos que incluía, que aquellos obispos solo habian seguido el partido de Focio por el temor de los suplicios que hacia sufrir á quantos se le oponian. Movidó el concilio de su arrepentimiento los recibió, y Ignacio despues de haberlos absuelto, consintió en que recobrasen sus dignidades. Lo mismo se hizo con 11 sacerdotes, 9 diáconos y 7 subdiáconos culpados en la misma flaqueza que se presentaron despues, solo con la diferencia de que restituyéndoles las insignias de su orden, se les impuso una penitencia satisfactoria, durante la qual permaneciesen suspensos en sus funciones.

Tercera sesion. Se tuvo el 11 de Octubre. Sabiendo los legados que algunos obispos consagrados por Methodio y por Ignacio rehusaban suscribir al plan de reunion que se habia traído de Roma, los citaron con beneplácito del concilio, para que lo adoptasen como los demas. Pero habiendo persistido estos obispos en su propósito, á causa de un juramento que decian haber hecho al tiempo de su consagracion, no se juzgó conveniente insistir mas sobre este punto. Se contentaron con leer las cartas del emperador Basilio y el patriarca Ignacio al papa Nicolao, y las respuestas que habia dado al papa Adriano. Se terminó la sesion con algunas imprecaciones contra Focio, expre-